

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III
NUM 111

40 Cents.

3 ABRIL
1927

EL MÉDICO ME HA MANDADO QUE NO
ME DISGUSTE POR NADA Y QUE NO COMA
SARDINAS

¿Y ESO TE PREOCUPA?

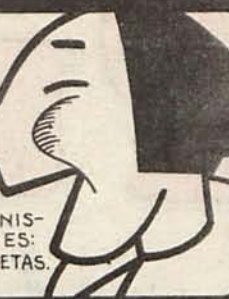
¡CLARO! POR QUE SI NO COMO
SARDINAS TENGO UN DISGUSTO
HORRIBLE



BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAISES AÑO 30 PESETAS.



DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO

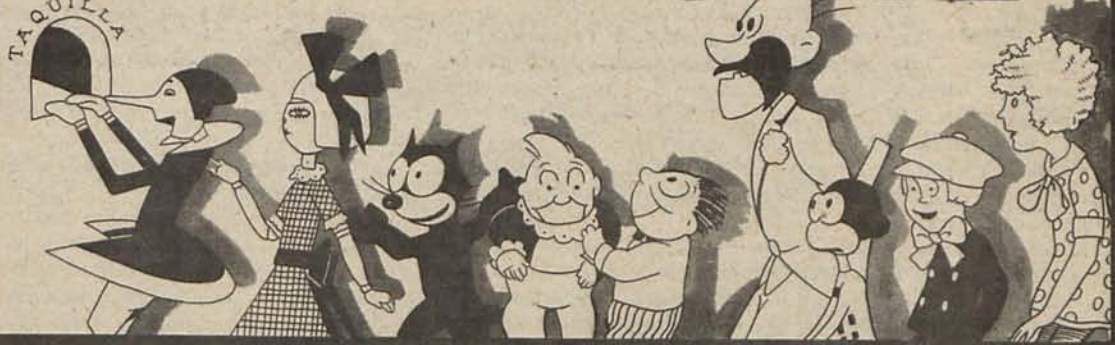


PROGRAMA
PARA HOY

LA
ISLA
MARAVILLOSA

Sensacional

GRAN CINE



El *Huracán* navegaba por los plácidos mares del norte de Madagascar en una noche tropical. De repente, Colin Wood, su capitán, dió una orden terminante al marinero que estaba en el timón.

El buque hizo un rápido viraje a babor con el tiempo preciso para no chocar con una pequeña embarcación que no llevaba luces y que, con la obscuridad de la noche, nadie había visto.

Era una canoa larga, conduciendo a diez negros que iban envueltos en pieles. La canoa flotaba sin rumbo ninguno, pues ninguno de sus tripulantes llevaba remos.

—¡Son náufragos! —gritó el capitán—. ¡Echadles una cuerda y subidlos a bordo!

En seguida la canoa fué arrastrada hasta el buque, y diez negros, medio muertos de cansancio, subían a bordo del *Huracán*.

Uno de ellos, más fornido que los demás, era jefe y sacerdote de su tribu, cosa que proclamaban los adornos chillones que llevaba puestos.

—¡Os saludo, capitán! —dijo chapurreando el inglés—. Estamos muy tristes, señor capitán; nos hallamos muy lejos de nuestra tierra.

—¿Y dónde está eso, jefe?

—Buwala —contestó el negro—. Yo soy Lingi, jefe y sacerdote, y toda la noche pasada y todo el día de hoy andamos navegando sin esperanza de llegar a nuestro país.

—Decidme qué ha sido y cómo es que llegasteis a perderos.

—Hace varias lunas que salimos de Buwala para la Isla de la Luna, llevando con nosotros muchas ofrendas para el Espíritu del templo —declaró Lingi.

—¿Y qué os sucedió en la visita de anoche?

—Que, cuando habíamos llegado a la isla y estábamos camino del templo, se aparecieron delante de nosotros unos fantasmas muy terribles; danzaron de un modo horripilante y vinieron hacia nosotros, haciendo unos ruidos que nos llenaron de espanto.

Lingi temblaba al solo recuerdo de ello.

—Huimos para salvar la vida, dejando allí los presentes que llevábamos, y al llegar a la canoa nos encontramos con que habían desaparecido de allí los remos.

—¿Creéis que se los llevaron los fantasmas, Lingi? —preguntó el capitán.

—Podía muy bien haber sido así, señor; porque los fantasmas nos siguieron hasta la playa, y para escapar a su furia nos lanzamos al agua aunque no teníamos remos, y toda la noche y todo el día de hoy hemos vagado por el mar empujados por las olas.

—¿Habéis visto alguna vez más esos fantasmas, Lingi?

—Nunca, señor.

—¿Dónde está esa isla de la Luna, Lingi?

El negro explicó lo mejor que pudo la situación de la pequeña isla.

Colin Wood hizo seña de que viniera a un marinero grueso, de faz sonriente, que estaba de pie en la cubierta, y le dijo:

—Ordena al cocinero que dé de comer a estos hombres, Luck; después pueden echarse a descansar mientras los conducimos a su país nativo.

—¿Qué te parece de esta historia, Mac? —preguntóle Colin Wood el oficial más joven del *Huracán*.

—¡Un cuento de las mil y una noches, capitán! Me parece que todo eso que cuenta Lingi son mentiras como puños.

—Sin embargo, me parece un hombre sincero; algo han visto, indudablemente, él y sus hombres en la isla de la Luna. No es nuestro deber investigar sobre lo que pueda haber de cierto en el relato de ese negro; pero sería muy interesante hacer una visita a esa isla, Mac.

—Como queráis, capitán —replicó Mac Todd sonriendo.

—Entonces, vuélvete al puente y pon rumbo hacia el noroeste.

Después de dejar a Mac Todd al cargo del buque, Colin fué a examinar las cartas geográficas, y determinó la situación exacta de la isla; dió instrucciones concretas a Mac Todd en cuanto a la ruta que habían de seguir y se retiró al despacho, adonde llamó a seis marineros; éstos acudieron en seguida. Uno de ellos era un guardia marina joven, resuelto y animoso, que se llamaba Spring; otro de ellos era Bob Luck, y los cuatro restantes, marineros fuertes y bravos, en los cuales sabía Colin por experiencia que podía confiar para que le ayudaran a llevar a cabo su plan.

Explicóles Colin su proyecto, que consistía en que desembarcaran sin ser vistos en la isla, y una vez en ella, trataran por todos los medios de averiguar lo que hubiese cierto en la historia de los fantasmas.

Dió orden al guardia marina para que preparase un bote, y después de tres cuartos de hora de navegación en aquella ruta, el *Huracán* apagaba todas las luces, siguiendo su viaje como una sombra.

A dos millas de la isla varó el *Huracán*, y un bote, tripulado por el capitán y los hombres que él había escogido, emprendió la ruta hacia la orilla. Cuando estaban a media milla de la isla, vieron aparecer la luna por encima del horizonte. A la pálida luz que ésta proyectaba se erguía la isla, tétrica y espectral.

—La isla parece completamente tranquila, mi capitán —observó Bob Luck—; no se ven señales de ningún fantasma.

Acababa de decir esto cuando sobre una prominencia, cerca del centro de la isla, aparecieron unas cuantas figuras, unas figuras fantasmales cuyas vestiduras flotantes brillaban a los reflejos de la luna.

La isla de la Luna.



ARAMBA, si están ahí los fantasmas! ¡No se equivocó la vista de Lingi! —balbuceó Bob Luck.

Colin Wood dió una orden a Spring; éste se inclinó y sacó algo que llevaba en el fondo de la embarcación.

En seguida del bote surgió una columna de humo denso que se esparció como niebla de mar, hasta que el bote dejó de verse. Ocultos por aquella pantalla de humo, que el viento llevaba hacia la isla, el bote continuó navegando hasta llegar a un sitio de la playa que quedaba oculto, en el cual desembarcaron. Allí el capitán dividió a la tripulación en dos grupos, quedándose él sólo con dos hombres; dió instrucciones a Spring, a Luck y a los otros para que fueran bordeando la isla hasta llegar al otro extremo.

—El templo adonde tenemos que ir está entre los árboles de la cúspide; así, pues, vayamos por el lado opuesto. Tú toma toda clase de precauciones, Spring, y estate con ojo avizor; hay que averiguar qué clase de fantasmas son esos y qué es lo que pretenden antes de dar ningún paso en contra de ellos.

—¿Y si los encontramos, como hacemos para capturarlos, capitán? Porque yo nunca he tenido que habérmelas con fantasmas.

—Cuando veamos de qué son, ya pensaremos lo que hemos de hacer —replicó el capitán—. Ahora, adelante y no olvidéis de andar con mucho cuidado.

¡Ya quedan pocos días! Si quieres entrar en el **GRAN SORTEO**, apresúrate. Para entrar en el **Tercer gran sorteo de regalos a los suscritores** (primer premio, una magnífica bicicleta; segundo, una estupenda caja de soldados; tercero, veinte duros en dinero, y cuarenta y siete magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del día 30 de este mes de abril.

Más detalles en este mismo número.



Después de un rato de ascensión llegaron a un frondoso bosque, y los tres se internaron por el hasta encontrar una especie de parapeto, que descubrieron ser la pared de un edificio hecho en una profunda cavidad del terreno. El edificio no tenía techo, y dentro de él se erguían grandes pilares y bloques de granito y cruces de piedra, dándole un aspecto muy parecido al templo de los Druidas, que existe en Stonehenge, excepto que éste se hallaba emplazado en un espacio más pequeño.

En el medio del templo estaban trabajando seis hombres, los cuales se esforzaban por levantar un grueso bloque de piedra, y lo habían colocado en tal posición, que estaba a punto de caer para fuera del templo. Otro esfuerzo más y el bloque cayó, dejando al descubierto la cavidad que ocupara.

En aquella cavidad había un montón de colmillos de elefante y objetos de metales preciosos de un valor incalculable; a la vista de semejante tesoro, nuestros hombres se explicaron claramente el misterio de la isla de los fantasmas.

En aquella isla se amontonaban los tesoros que los indígenas de Madagascar y otras islas cercanas llevaban al templo como ofrendas a los ídolos, y los fantasmas no eran más que unos vulgares ladrones que habían ido a robar esos tesoros.

Para atemorizar y alejar de la isla a los indígenas durante las obras para desenterrar los tesoros habían recurrido a la estratagema de vestirse de fantasmas.

Colin acababa de darse cuenta de este ingenioso plan cuando oyó ruido de pasos detrás de sí y vio salir de entre

Condujéronlos por el templo hasta unas escaleras de piedra que conducían a un sótano, y allí fueron detenidos.

—Ahora entraréis ahí, donde me parece que será un buen medio de ponerlos a buen recaudo para que no hagáis ninguna tontería que nos comprometa; bien tapados con el bloque, no os podréis escapar. ¡Todos adentro! —ordenó el jefe de la banda.

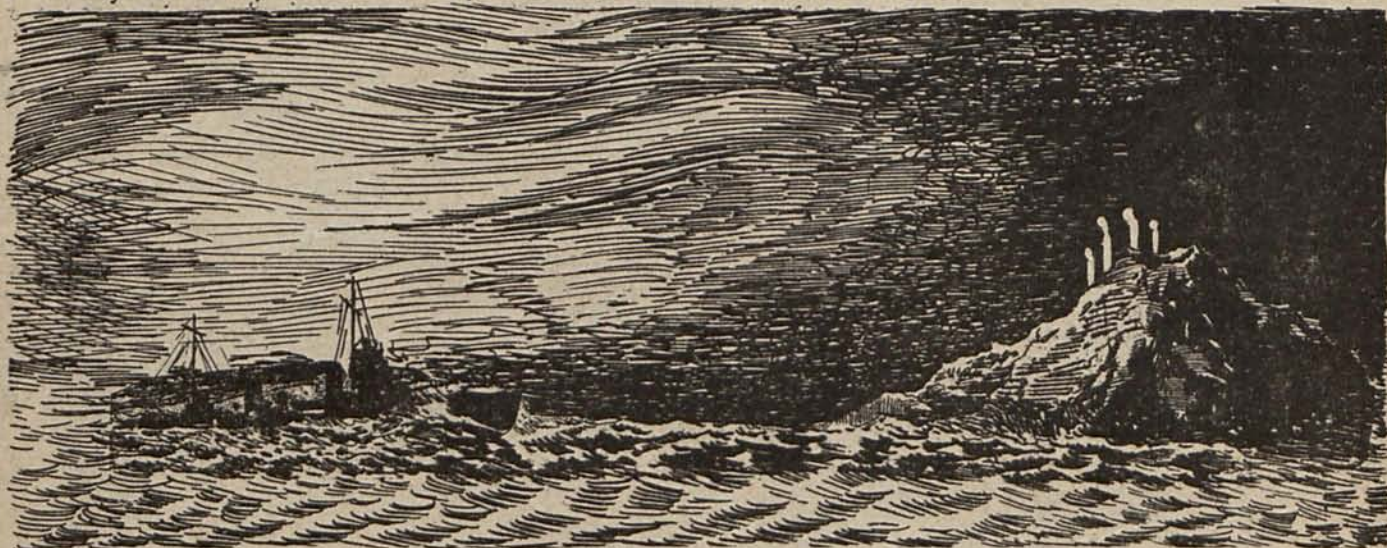
—¡Primero me dejo arrojar al fondo del mar que entrar ahí! —respondió Colin.

—¡Os digo que bajéis ahí dentro! —repitió el extranjero.

El capitán, por toda respuesta, le dió tan tremendo puñetazo debajo de la barbilla, que le hizo tambalearse y caer en la cavidad designada para sus prisioneros.

El resto de la cuadrilla empezó a atacarles; uno de ellos disparó contra Colin, y la bala pasó rozando la gorra del capitán; éste le quitó el rifle de las manos, dándole un golpe en la cabeza que le hizo caer al suelo. En el momento en que la valiente resistencia del capitán y los marineros estaba a punto de ser vencida, unos gritos estentóreos rasgaron el aire. Y por las escaleras aparecieron cuatro fantasmas dando saltos y gritos salvajes a medida que iban bajando.

Los ladrones volvieron su atención hacia los fantasmas, cuya repentina aparición los había desconcertado. Las figuras espectrales bajaron la escalera bailando una especie de baile inglés, y sin dar tiempo a los ladrones a recobrarse del susto, tomaron parte en la lucha, poniéndose, indudablemente, de parte del capitán, porque uno de los fantasmas, el más alto de todos, dió un golpe a uno de los contrarios que le hubiera



los árboles a cuatro hombres que se echaron sobre los marineros; pero ni Colin Wood ni sus bravos lobos de mar eran de los que se entregan ni aun siendo atacados por la espalda, como en aquella ocasión; apoyáronse en el parapeto, y desde allí lucharon denodadamente, y no cabe duda que hubieran ganado la batalla a no ser por la circunstancia de que las piedras del parapeto se desmoronaron, cayendo ellos para atrás en el templo que estaba debajo.

Unos espíritus poco hospitalarios.

La caída no les hizo mucho daño, pero si les dejó atontados, y antes de que pudieran ponerse en pie, toda la cuadrilla de ladrones, que eran diez, los habían cercado. Seis de ellos llevaban rifles preparados, lo que demostraba que estaban dispuestos a hacer uso de ellos si los marineros oponían resistencia.

—¿De modo que es un oficial inglés y su tripulación los que han venido a espiarnos? —preguntó el jefe de la cuadrilla con marcado acento extranjero—. Entonces no es extraño que no se atemorizasen de los fantasmas. Es una imprudencia venir a mezclarlos en cosas que no os importan, y ahora os quedaréis en la isla hasta que terminemos nuestra obra.

—¿Y cuánto tiempo va a durar? —preguntó Colin, cuya única idea era ganar tiempo.

—Unas horas nada más. Antes de que amanezca ya nos habremos ido en un barco que tenemos oculto en la ensenada para llevar los tesoros.

—¿Adónde pensáis llevarlos? —volvió a preguntar Colin con calma.

—Eso no os importa —respondió el jefe—. Cuando vuestros camaradas vengán a buscarlos y encuentren el sitio en donde os voy a dejar escondidos, ya estaremos nosotros a muchas millas de aquí. Traedlos —ordenó a sus hombres.

valido el campeonato de boxeo entre los fantasmas. Los otros no tardaron en tomar parte en el combate, que terminó por ser cosa de broma. Cuatro de los bandidos fueron a reunirse en la cavidad con sus compañeros. Los restantes, viéndose perdidos, huyeron, y cuando terminó la lucha el capitán exclamó:

—¡No nos ha salido del todo mal la empresa, gracias a que los fantasmas se pusieron de nuestra parte!

—¡Sobre todo tratándose de fantasmas de carne y hueso! —replicó el más grueso quitándose la túnica de tisú de plata, y dejando al descubierto la cara sonriente de Bob Luck—. Se han quedado del todo desconcertados al ver que empleábamos con ellos la misma estratagema que ellos empleaban con los negros.

Spring, el guardia marina y los demás marineros quitáronse también la túnica y explicaron cómo cuando se dirigían al templo habían encontrado aquellas vestiduras con capuchones, que eran las que los ladrones usaban para asustar y alejar a los indígenas.

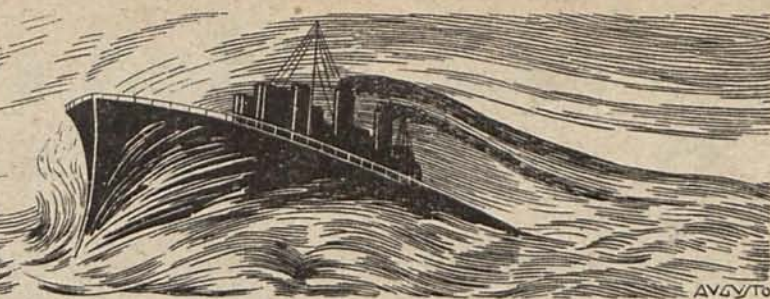
Ataron codo con codo a los ladrones, y luego hicieron seña al *Huracán*, por medio de las luces, para que les mandase otra partida de marineros; después inspeccionaron las costas de la isla hasta encontrar el barco que tenían oculto en la ensenada; dentro de él se había escondido parte de la cuadrilla. A la mañana siguiente, el capitán y sus tripulantes dejaban a Lingi y los otros negros en la isla de la Luna, con la seguridad de que los fantasmas ya no volverían a molestarlos, y el *Huracán* levó anclas, escoltando el barco de los extranjeros hasta el próximo puerto del continente de Madagascar, en donde Colin Wood explicó lo ocurrido a las autoridades, quienes se encargaron de los bandidos.

No estará de más advertir que Lingi, escarmentado por la experiencia, hizo que su tribu llevara todas las ofrendas de aquel templo a su isla, para protegerlas en lo sucesivo contra los ladrones.

¡¡HA TERMINADO!!

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

Alberto Wendover cedió entonces la dirección de la rueda a uno de sus oficiales.

—¿A dónde vamos? —preguntó éste ocupando su puesto.

—A la Isla Innombrada —respondió Alberto.

—¿Siempre a marcha forzada?

—Siempre.

—Está bien.

—Buena guardia.

—Gracias, comandante.

Alberto descendió sobre cubierta e hizo una inspección de los daños recibidos en el combate.

Eran de poca importancia; algunos trozos de coraza dañados, un ventilador derribado, un metro de la borda, a popa, roto, y la escala izquierda del castillo, arrancada de raíz.

En la tripulación: un muerto, dos heridos graves y seis leves.

—Vamos —pensó el joven comandante frotándose las manos—, no esperaba yo esto.

Más daño me hizo la *Newcastle* sola que estos tres juntos.

Bien es verdad que aquellos demonios de la fragata llegaron casi al abordaje y que me costó no poco trabajo verme libre de ellos.

En resumen: Jaime Davy muerto y mi sed de venganza satisfecha; el mundo civilizado alarmado por este misterioso crucero imposible de atrapar, como un verdadero buque fantasma; Inglaterra atemorizada y próxima a ser invadida por el terror... ¡Caracoles! La vida de pirata tiene algo bueno, y los fenianos serían incontentables, a fe mía, si no estuviesen satisfechos de mi obra.

De pronto nublósele la frente.

—¡Ay de mí! —suspiró—. ¿Qué haré de esa desgraciada doncella que el destino ha conducido a bordo de este buque?

Ella es inocente de las faltas de su padre; era la amiguita de miss Polly...

¡Ay! ¿Qué renueva en mí este nombre, este dulce recuerdo lejano, este sueño deshecho, esta esperanza perdida?...

No, no, yo no amo ya, mi corazón ha muerto, todo sentimiento tierno ha huido de mí; yo soy Alberto Wendover el pirata, el devastador del mar, el enemigo de la sociedad que me ha repudiado.

¡Muerte y maldición!... ¿Qué me queda, pues?

Un violento sollozo subióle del oprimido pecho, y huyó, sofocando gritos terribles, como el hombre que se ve asaltado de imprevista demencia, y corrió a esconderse en su camarote donde dió desahogo a toda la inmensidad de su dolor.

Era una de esas crisis que sufren los seres de trágico destino, crisis de furia y de desesperación; pasado el acceso, sin embargo, vuelve a su ánimo la calma fría y cruel de la insensibilidad.

Así sucedió a nuestro héroe; volvió inmediatamente a ser el comandante impasible de una hora antes y púsose a examinar con sosiego la situación.

—Es preciso que miss Ellen y Patrick abandonen este barco —dijo con resolución—. Esa muchacha puede ser un peligro y pudiera llegar a turbar la vida de a bordo, sin contar con que se vería expuesta a los mismos peligros que nosotros.

Además, no sé por qué, su presencia me importuna, a su vista experimento una sensación indefinible, me siento débil.

¿Yo débil, yo enternecerme por el llanto de una mujer?

¡Nunca!

Márchese de aquí en compañía de su Patrick, y pronto, hoy mismo, antes de que lleguemos a la Isla Innombrada.

Ea, vamos a disponerlo.

Acercóse a una pared y tocó uno de los resortes casi invisibles que ya conocemos; abrióse una puerta secreta dejando ver un hueco oscuro en el que penetró Alberto.

Un minuto después entraba, del mismo modo, en el camarote de miss Ellen.

Una triple exclamación acogió su aparición silenciosa.

Una procedía de Patrick y expresaba furor.

Otra de Mop y demostraba cierta sorpresa.

La tercera, de miss Ellen, y revelaba sorpresa, furor y pena.

La desventurada joven, según había supuesto el ex ladrón, no estaba muerta, sino simplemente desvanecida, y bajo el efecto del cordial recobraba los sentidos abandonándose a una profunda desolación, la cual, por fortuna, se resolvía en una crisis de llanto.

A la vista de Alberto Wendover, horrorizóse, y, en un momento de infantil y casto olvido de todo recato, abrazó al cuello de Patrick, que se le había colocado delante como para hacer escudo de su persona y gimió:

—Llevadme de aquí, llevadme de aquí... Patrick, socorro; es el asesino de mi padre... viene a matarme a mí también.

El comandante del crucero soltó una estridente carcajada y se detuvo a pocos pasos del lecho.

—Os engañais, miss —dijo tranquilamente—, vengo precisamente a atender el deseo que acabais de expresar, es decir, a devolveros esa libertad que reclamais con tanto ardor.

Escuchadme: hoy mismo abandonaréis este barco en compañía del marinero que os asiste.

Dentro de pocas horas pasaremos a lo largo de la isla de San Bernabé, en el Archipiélago de Quirós; haré que os dispongan un bote provisto de todo cuanto podais necesitar y os dejaremos a pocas millas de la costa, proporcionándoos manera de que podais llegar a ella sin dificultad.

Nada tenéis que temer; allí hay colonias de europeos que tendrán especial satisfacción en acogeros y proporcionaros los medios, si tal es vuestra intención, de volver a Inglaterra.

Estad dispuestos.

Y, hecha una ligera inclinación de cabeza, retiróse aquel hombre tan terrible.

Mop, que había escuchado aquel discurso sin proferir palabra, quedó como atontado, como si hubiese recibido en la cabeza un golpe de maza.

No esperaba semejante solución, que, por otra parte, parecía la más lógica; miró disimuladamente a los dos jóvenes, que seguían llorando estrechamente abrazados, movió varias veces la cabeza y salió a paso lento, suspirando.

Tres horas después Patrick y miss Ellen abandonaban *El Crucero sin nombre* para embarcarse en el bote, ya dispuesto.

Antes de poner el pie en la embarcación, la doncella volvióse hacia Alberto, que estaba presente, de pie junto a la borda, impasible.

—Mister —dijo con voz débil—, habéis matado a mi padre y yo no sé la causa.

Mas recordadlo: si esa causa es injusta, la mano de Dios no tardará en posarse sobre vos para castigaros.

Involuntariamente, Alberto tembló a tan siniestra profecía.

—Miss —repuso sin embargo—, vuestro padre era un gran delincuente.

—Mentis.

(Continuará en el número próximo.)

DE LA COLECCIÓN
SALGARI

La venganza de los caribes. Dos tomos.
Honorata de Wan-Guld. Un tomo.
Yolanda. Un tomo.

CADA TOMO,
1,25 pesetas.



ALÁ ADDÍN ABUSAMAT

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

Volvió Alá Addín a su casa y contó a su mujer lo que sucedía; y ella, para disipar el tedio de su esposo, después de que hubieron comido, empezó a tocar el laud con un arte exquisito. Cuando estaban más alegres y regocijados con la música, llamaron a la puerta.

—Levántate y mira quién llama —dijo Zobeida a su esposo.

Bajó éste, abrió la puerta y se encontró con cuatro *derwiches* de pie ante ella.

—¿Qué queréis? —les preguntó.

—¡Señor! —le respondió uno de ellos—. Nosotros somos *derwiches* forasteros; el alimento de nuestras almas consiste en la música y en las delicadezas de la poesía; deseamos descansar y recrearnos en tu casa esta noche; cuando amanezca, volveremos a reanudar nuestro camino; tú recibirás la recompensa de parte de Dios (jensalzado sea!); pues nosotros tenemos pasión por la música y cualquiera de los cuatro sabe de memoria muchas *casidas* (1) y otras poesías líricas y *moaxahas* (2).

—Tengo que consultar —le dijo Alá Addín, y subió a decirselo a su esposa, quien le aconsejó que les dejara entrar.

Abrióles la puerta, hizolos subir a su cuarto y sentárselos, dándoles la bienvenida; presentóles de comer, pero ellos no quisieron aceptar, diciéndole:

—Señor, nuestro alimento es mencionar a Dios en nuestros corazones y oír los preciosos cantos con nuestros oídos; ¡qué bien dijo el poeta!

Nuestro deseo no es otro que disfrutar de la sociedad; el comer es característica de los brutos.

Hemos oído una música deliciosa en tu casa; y al subir nosotros ha cesado: deseáramos saber si la que tocaba es una esclava blanca o negra, o es una señora.

—La que tocaba es mi esposa —les contestó Alá Addín; y les contó su historia y el apuro en que se hallaba, por exigirle su suegro la dote de diez mil dinares en un plazo de diez días.

—No te aflijas —le dijo uno de los *derwiches*— ni te preocupes sino con la esperanza de que todo saldrá bien. Yo soy el jefe de mi cofradía y tengo a mis órdenes a cuarenta *derwiches*, sobre los cuales ejerzo autoridad, y lograré reunir entre ellos los diez mil dinares que necesitas para descargarte del peso de la deuda con tu suegro. Pero deseamos que mandes a tu esposa que toque una pieza de música en atención a nosotros, para alegrarnos y divertirnos, pues la música es para unos como el alimento, para otros como una medicina, y para otros como un abanico.

Eran estos cuatro fingidos *derwiches* el Califa, Harún Arraxid; el visir, Cháfar el Barmequí; Abunogúas Alhsaan Ben Háni, y Mesrur, el ejecutor de la justicia. La causa de su paso por delante de aquella casa había sido que el Califa estaba disgustado y había dicho al visir que deseaba salir a dar una vuelta por la ciudad, para ver si lograba desear el fastidio. Y, disfrazados en trajes de *derwiches*, habían recorrido la ciudad y, al llegar a aquella casa, oyeron la música y desearon conocer al artista. Pasaron la noche felices y contentos, relatando historias y anécdotas hasta el amanecer; puso el Califa cien dinares debajo de la alfombra de hacer oración, y se despidieron amablemente los forasteros, marchándose por su camino.

Cuando la mujer levantó la alfombra, para hacer la limpieza, vio los cien dinares y dijo a su esposo:

—Toma estos cien dinares que he encontrado debajo de la alfombra; sin duda los *derwiches* los pusieron antes de partir sin que nosotros nos diéramos cuenta.

Y Alá Addín los cogió y se marchó al mercado, donde compró carne, arroz, manteca y las demás cosas que necesitaba. A la noche siguiente, después de encender la luz, dijo a su esposa:

—Los *derwiches* no han traído los diez mil dinares que nos prometieron: sin duda, ellos son pobres.

Y mientras estaban en tal conversación, los *derwiches* que llaman a la puerta.

—Baja y ábreles —dijo Zobeida.

Y Alá Addín les abrió. Apenas hubieron subido, les preguntó:

—¿Traéis los diez mil dinares que me ofrecisteis?

—No hemos podido reunirlos —le contestaron—; pero mañana, si Dios quiere, te prepararemos una fórmula de alquimia; ahora te suplicamos mandes a tu esposa tocar y cantar algo que nos alegre, pues amamos extraordinariamente la música.

Y Zobeida ejecutó en el laud una tocata que hubiera sido capaz de hacer danzar a una roca. Los huéspedes pasaron la noche alegres y contentos, charlando y divirtiéndose, hasta que vino la aurora y difundió la luz. El Califa volvió a poner cien dinares debajo de la alfombra de la oración; luego se despidieron y se marcharon.

Continuaron repitiendo estas visitas durante nueve días y dejando el Califa cada noche cien dinares debajo de la alfombra. Pero al llegar la noche décima, no comparecieron. Lo que pasaba era que el Califa había mandado decir a un opulento comerciante: «Mándame 50 cargas de telas de las que vienen del Cairo; que cada carga valga mil dinares; pon a cada fardo la nota de su precio; y envíame un esclavo abisinio.» Cumplió el comerciante el encargo del Califa; éste dio al esclavo un plato y un jarro de oro, le hizo algún otro regalo, escribió una carta como si fuera de parte de Xems Eddín, el jefe de los comerciantes del Cairo, padre de Alá Addín, y le entregó las cincuenta cargas de mercancías, diciéndole: «Toma todo esto y vete con ello a la calle tal, en donde está la casa del síndico de los comerciantes; pregunta: «¿Dónde está mi señor Alá Addín Abusamat?» La gente te enseñará el camino», y le dio instrucciones de lo que había que hacer.

Tomó el esclavo las bestias con sus cargas y se encaminó a donde el Sultán lo mandaba.

Mientras tanto, los parientes envidiosos, que habían logrado disgustar a Alá Addín con su suegro, fueron a buscar a éste y le dijeron que, puesto que ya había pasado el plazo señalado para pagar los diez mil dinares, debían de ir a reclamarlos al forastero.

Y el anciano comerciante dejóse convencer y, acompañado de ellos, se dirigió a ver a Alá Addín. Al llegar a la casa, encontró en la calle las cincuenta bestias con las cargas de telas y, montado en una mula, al esclavo encargado de la expedición.

—¿De quién son estas cargas? —le preguntaron.

—De mi señor Alá Addín Abusamat. Su padre le había preparado una caravana y con ella vino a la ciudad de Bagdad; le atacaron los beduinos en el desierto y le robaron sus dineros y sus mercaderías; llegó la noticia a oídos de su padre y me ha enviado con otras cargas en lugar de las perdidas, con una mula que trae encima cincuenta mil dinares, con un envoltorio de trajes que vale un capital, con pieles delicadas, con una fuente y una jarra de oro.

—Yo soy el padre de la esposa de este Alá Addín, y te enseñaré con mucho gusto su casa.

Alá Addín estaba hondamente preocupado, cuando llamaron a la puerta. Estremeciéndose y, aterrado, dijo a su esposa:

—¡Oh Zobeida! ¡Dios es quien todo lo sabe; pero sospecho que tu padre ha enviado contra mí algún esbirro del juez o del gobernador!

—Baja —le dijo Zobeida—; ten ánimo y mira qué sucede.

Y el pobre Alá Addín abrió la puerta y se encontró frente a frente con su suegro, el síndico de los comerciantes, el padre de Zobeida; y vio también al esclavo negro, de aspecto agradable, montado en una mula. Apeóse inmediatamente el siervo y besó sus manos.

—¿Qué quieres? —le preguntó Alá Addín.

—Yo soy un esclavo de mi señor Alá Addín Abusamat, hijo de Xems Eddín, síndico de los comerciantes en tierra de Egipto; su padre me ha enviado a él custodiando este depósito.

Y le entregó la carta. Alá Addín la tomó con respeto, la abrió apresuradamente y leyó:

«Después de los saludos más completos y de los cumplimientos más respetuosos: de Xems Eddín a su hijo Alá Addín: Has de saber, hijo mío, que ha llegado a mí la noticia de la muerte de tu gente y del robo de tus dineros y de tus mercancías. En lugar de las perdidas, te envío estas cincuenta cargas de telas egipcias, un vestido de gala, un abrigo de pieles de martas, un plato y un jarro de oro. No temas nada malo, pues la riqueza es tu rescate; y que nunca

(Continuará en el número próximo.)

(1) *Casida*: composición de la primitiva poesía árabe anteislámica, que viene a ser como la oda de los beduinos.

(2) *Moaxaha*: composición en que alternan las rimas a modo de un *güexah*, es decir, «collar formado por dos líneas de perlas de distintos colores», aludiendo a la combinación de rimas.

LA PANTERA NEGRA

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

Zurak me miró con ojos de imbécil y añadió:

—¿No cree que la pantera está domesticada de veras?

—No te fíes ni cometas imprudencia alguna. Estos animales son traidores y cuando uno menos lo espera, se despiertan sus instintos sanguinarios.

Zurak sonrióse, diciendo:

—Pues bien, mirad.

Acercóse a la jaula, introdujo su brazo desnudo a

través de los barrotes y acarició el hocico de la pantera. No había tenido tiempo de detenerle, tan rápido e imprevisto había sido el movimiento.

Por lo demás, mis temores parecieron de pronto infundados. La sanguinaria fiera, en vez de agarrar aquel brazo y destrozarlo, dejábase acariciar de un modo increíble por el indio, con visible satisfacción y se habría dicho que bajo aquella caricia se estremecía de gusto cual un gato doméstico.

—¿Creéis todavía que no está domesticada?

—preguntó Zurak.

—¡Eres un loco por in-

temtar semejante prueba! —le contesté—. El día menos pensado te comerá el brazo.

—¡No! Y veréis como antes de llegar al Cabo de Buena Esperanza, Simla —le había puesto este nombre— se paseará por la cubierta sin hacer daño a nadie y más dócil que un gato.

—¡No lo pruebes, Zurak! —grité—. No quiero que suceda una desgracia. Está mejor en la jaula que fuera, no lo olvides si no quieres probar el cepo.

—Como queráis —me contestó el indio con un acento que no me tranquilizaba gran cosa.

Desde aquel día, una profunda inquietud se había apoderado de mí. Temía que aquel loco, en un momento de embriaguez, pudiese poner en libertad a la pantera, y durante la noche me despertaba con frecuencia creyendo oír junto a mi camarote los roncós rugidos de la fiera.

Por esto le vigilaba atentamente y bajaba a menudo a la bodega para asegurarme con mis propios ojos que Simla seguía encerrada en su jaula.

Era verdad que el indio y la pantera vivían en perfecta armonía. Sorprendía con frecuencia a Zurak sentado frente a la jaula, ocupado en contar a la fiera no sé qué historia de su país, y, cosa todavía más extraña, parecía que la pantera gustase de oírle.

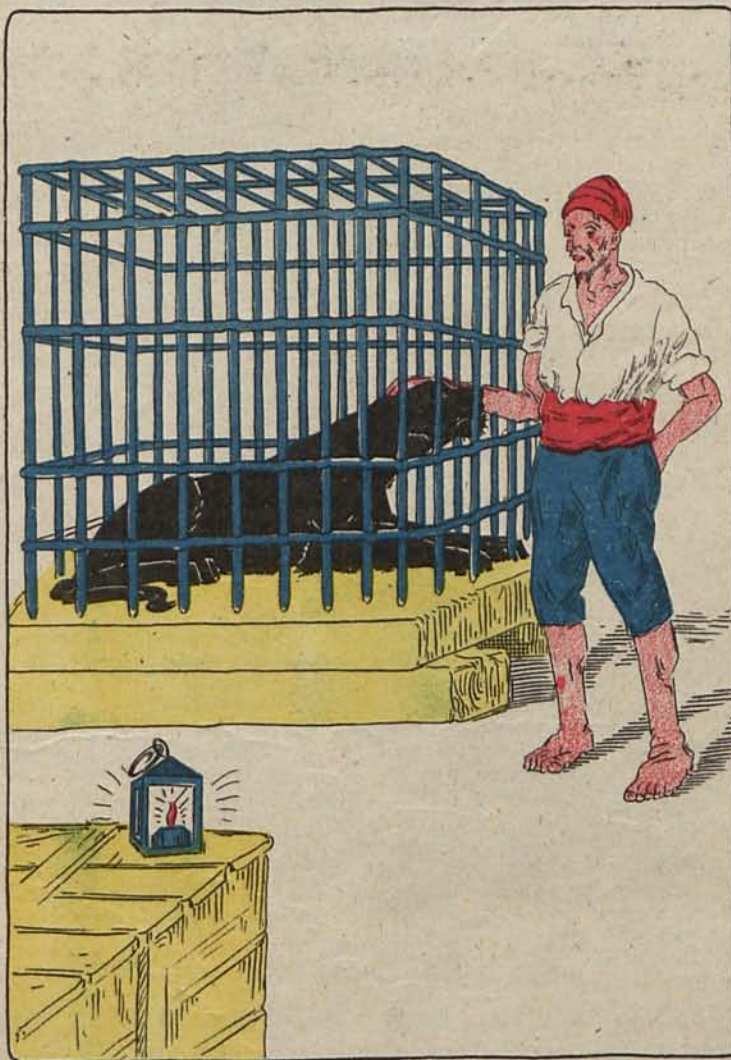
Algo tranquilizado de mis temores, había empezado a aflojar la vigilancia, faltándome tiempo, además, para ello.

La buena estación había terminado, y los monzones, aquellos violentísimos vientos que dominan el Océano Indico, hacíanse sentir a menudo, desencadenando repentinas

tormentas, que nos procuraban inmensas fatigas y muchas preocupaciones.

Habíamos descubierto ya las altas montañas de la isla de Madagascar y nos preparábamos a hacer ruta al Africa del Sur, cuando una noche fuimos asaltados por una tormenta terrible y capaz de poner en grave peligro nuestro barco.

Las rachas sucedíanse unas a otras sin descanso, obligándonos a maniobras fatigosísimas que agotaban a la tripulación, y las olas eran tan altas, que inundaban a cada momento toda la cubierta.





Lo que más miedo nos daba eran los bancos de arena, numerosísimos hacia la punta meridional de Madagascar y que constituyen un grave peligro para las naves, aunque el mar no esté muy malo.

La noche había transcurrido en continua ansiedad y empezaba a ser de día, cuando un grito terrible llegó a mis oídos.

—¡La pantera! ¡La pantera!

Un instante después, un marinero que había bajado a la bodega a coger una cuerda, aparecía sobre cubierta, pálido como un muerto y con los ojos desencajados.

—¿Dónde está Zurak?
—grité, corriéndole al encuentro.

—Allí está... borracho... y la pantera está fuera de la jaula... ¡huyamos todos!

—¡Miserable! —exclamé—. Me lo esperaba.

Un terror loco habíase apoderado de toda la tripulación; al oír que la pantera había huído de la jaula, todos se habían precipitado a las escalas de cuerda para ponerse a salvo subiéndose a los palos.

Y, después de todo, no les faltaba razón, ya que no había en el barco ni un sólo fusil. Hacer frente a la fiera con las hachas de maniobra, hubiese sido una locura y nadie habría tenido valor para entablar la lucha con semejante animal.

Viendo correr a los marineros, también nosotros les imitamos, poniéndonos en salvo en la cofa del árbol de popa, abandonando el barco a su propio destino.

Aquel estúpido borracho hubiese podido escoger otro momento para realizar su peligroso experimento. La nave, sin timonel y sin marineros, podía ser empujada sobre la costa sin que ninguno de nosotros intentase algo para salvarla.

El capitán estaba furioso.

—¡Le mandaré ahorcar a ese canalla! —gritaba—. ¡El miserable nos manda a todos al fondo del mar!

—Creo que Zurak logrará encerrarla de nuevo —le dije—. La pantera es amiga suya.

—De todos modos, le tendré en el cepo durante un mes, después de que le den una buena paliza.

Todos espiaban ansiosamente la aparición de la fiera, que aún no se había presentado sobre cubierta. Los rugidos de las olas y los silbidos del viento eran más que suficientes para que no llegasen a nosotros los ruidos de la bodega.

¿Qué estaría haciendo Zurak?

Probé a llamarle:

—¡Zurak! ¡Zurak!

Una voz me contestó:

—Aquí estoy.

El indio apareció sobre cubierta, pero no saliendo de la bodega, sino de la cámara de la tripulación.

En seguida me di cuenta de que aquel desdichado estaba borracho perdido. Tenía los ojos mortecinos, reía como un idiota y se veía obligado a mantenerse agarrado a la borda para no ser aplastado contra los palos, a causa de los tumbo que daba el barco.

Cuando el capitán le

vió, le enseñó el puño, gritándole:

—¡Miserable!

Zurak contestó con una risotada de idiota.

—¡Encierra la pantera, canalla!

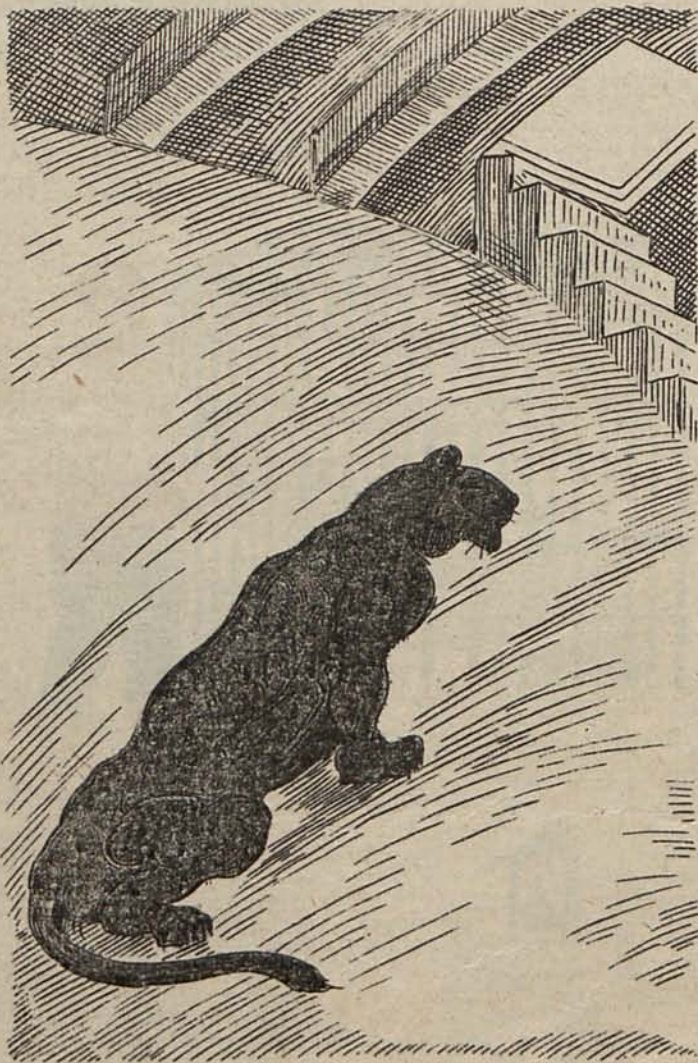
—¿La pantera? —balbuceó el indio sin dejar de reír—. Es un perrito... no hace daño a nadie... quiere tomar el fresco.

—¡Enciérala! —gritó el capitán—. El barco corre peligro y nadie se atreve a descender.

—Simla es dócil... —dijo el indio, rodando por el suelo.

—Cierra al menos la escotilla, desdichado —le grité.

(Continuará en el número próximo.)



COLORÍN Y SU PANDILLA



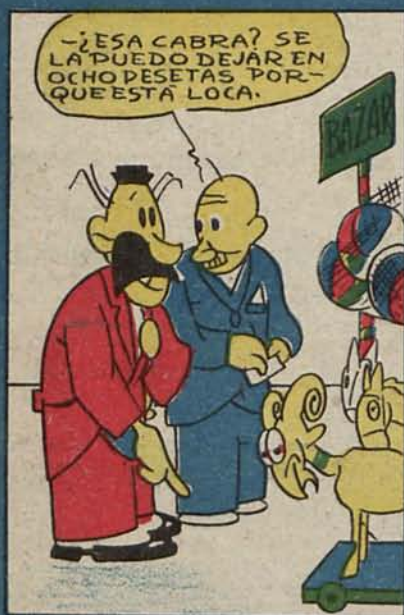
BRANNER Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1947 by The Chicago Tribune



UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPOENEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



-¿ESA CABRA? SE LA PUEDO DEJAR EN OCHO PESETAS PORQUE ESTÁ LOCA.



-NO IMPORTA QUE ESTÉ LOCA. EL CASO ES NO GASTAR MUCHO EN CAPRICHITOS PARA UN NIÑO.



-¡ANDA! ¡PUES ESTÁ MÁS LOCA DE LO QUE YO CREÍA.



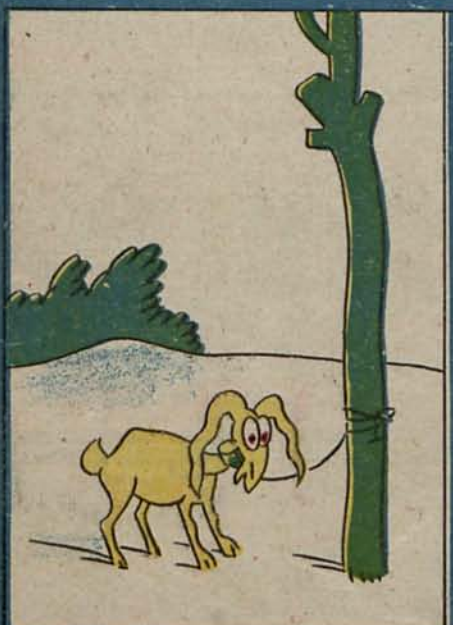
-¡HOP!
-¡HOP!!
-¡HOP!!!



-Y AHORA CORRAMOS, DON TURULATO QUE CAEN GOTAS.



-TE VOY A ATAR AQUÍ MIENTRAS PASA LA TORMENTA. YO ENTRETANTO VOY A AQUEL BAR A TOMAR ALGUNA COSILLA.



-NO ME PREGUNTES POR LA CABRA, CURRINCHE. SI; TE LA HE COMPRADO, PERO NO QUIERO SABER DE ELLA. SE HA METIDO EN EL CUARTO DE LA MUCHACHA.

-¡QUÉ RICA! VOY A VERLA!





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



LAURA, LA COTORRA INDISCRETA



POTIPÁN Y CAÑAMÓN



NINOS

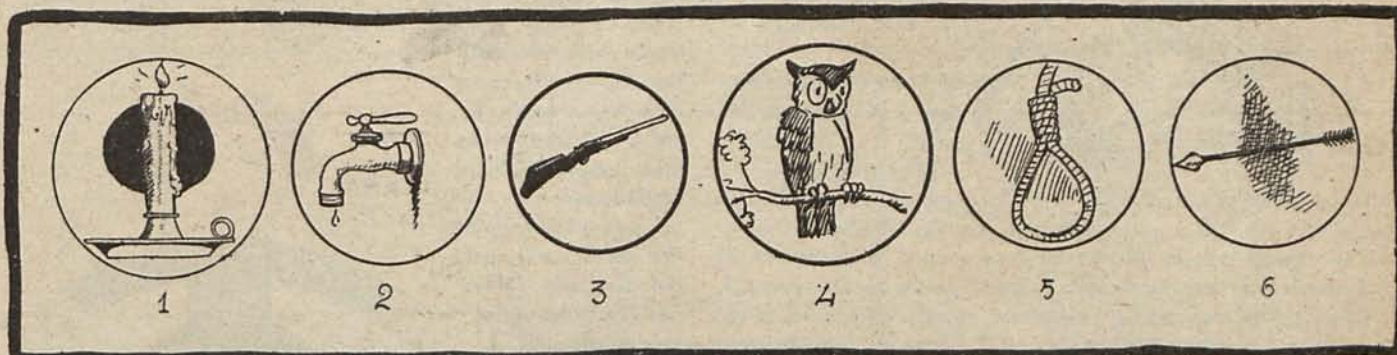
OS INTERESA GUARDAR LAS CAJAS DE CERRILLAS DE QUINCE CÉNTIMOS VACIAS, PUES EN CANJE DE ELLAS OS DARÁN BILLETES GRATIS CON BUENOS PREMIOS. PEDID PROSPECTO DETALLADO EN CUALQUIER ESTANCO.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

DEL MES DE ABRIL DE 1927

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

ROMPECABEZAS



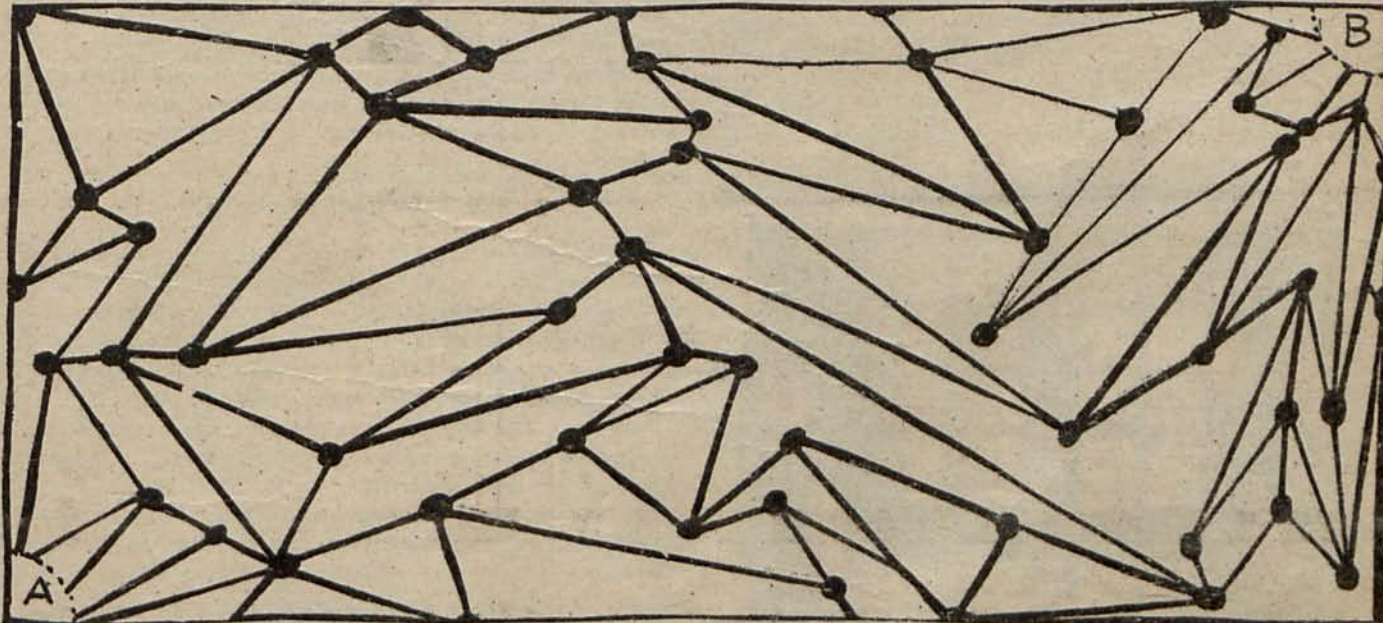
Se trata, con este rompecabezas, de formar el nombre de un personaje muy conocido vuestro. Para hacer este trabajo basta tomar una letra de cada uno de los redondeles por el orden en que están colocados. Cuando en un redondel haya dos objetos o más, la letra se toma de uno de ellos; por ejemplo: en el número 1 hay una palmatoria y una vela, pues en este caso se elige entre la palmatoria o la vela y se toma una letra. En el número 4 podéis tomar la letra de rama o de buho, a elegir. Las letras las vais escribiendo en un papel, poniendo debajo de cada una de ellas el número del redondel a que pertenece.

EL TRAVIESO PEPITO



¡Este Pepito es un demonio! ¡Claro que esta vez en el pecado lleva la penitencia! Estaban al lado de su casa pastando tranquilamente un burro y una cabrita, cuando Pepito agarra una estaca y, echando a correr, empieza a palos con el burro y la pobre cabra. Excuso decirnos que tanto uno como la otra echaron a correr escondiéndose entre el paisaje. ¡Pero no acaba aquí esto! Pepito siguió corriendo hasta que ¡zas! se cayó con tan mala suerte, que al apoyar las manos en el suelo, metió un brazo en la boca de un jarrón y ahora llora apuradísimo por no poderlo sacar. Le está bien empleado. ¿Sabriais decirme dónde están el burro y la cabra?

UN LABERINTO ORIGINAL



Este laberinto es obra de nuestro querido colaborador señor Colorin, que por un momento ha dejado a su pandilla y se ha dedicado al dibujo. Ya hace tiempo habíamos observado en el señor Colorin grandes cualidades de dibujante, por eso no hemos dudado en darle una plaza en esta Redacción. El señor Colorin tiene la palabra. —Queridos Pinochistas: Este laberinto que me he sacado de mi cabeza no se parece a ninguno, es originalísimo. Se entra por la puerta A y se sale por la puerta B. Bueno, esto no es lo original, pues en todos los laberintos hay que entrar y salir. Lo original es que al tomar cualquier calle y llegar a un punto no se puede seguir en línea recta, sino que necesariamente hay que torcer por otra calle que haya en ese punto. ¿Lo habéis entendido? ¿Sí? Pues hacedlo.

NOTA.—En el número próximo se publicará un trabajo mío que me han dicho es estupendo (me lo ha dicho Don Turulato, que entiende mucho). Se titulará REFRÁN. Hasta el domingo próximo.

Sección Pirula



CHARLAS DE PIRULA

Remiendos de adornos. — Mi amiguita Datina...

¿Por qué ponéis esa cara de asombro? ¡Ah! Vamos, es que os choca lo de Datina y os preguntáis sin duda a qué nombre corresponde este diminutivo.

Pues bien, eso es un secreto, un gran secreto. El nombre de mi amiga Datina es tan... raro, que la pobre no quiere que lo sepa nadie.

Claro que yo bien quisiera contentar vuestra curiosidad. Si me prometiérais guardarme el secreto... ¿Sí? Bueno, me fiaré de vuestra palabra, pues sé que sois incapaces de faltar a ella. Sea dicho entre nosotras, el verdadero nombre de Datina es... Deodata.

Claro que como bonito, bonito, no se puede decir que lo sea. Pero tiene ciertas ventajas, principalmente, no me negaréis que no es vulgar.

¿Que por qué le han puesto a mi amiguita ese nombre? Pues muy sencillo: porque así se llama una tía suya que es muy buena y es quien la ha sacado de pila.

¿Que por qué se llama así la tía y madrina de Deodata? Más sencillo aún: porque así se llamaba su madre.

¿Que por qué se llamaba Deodata la madre de la tía y madrina de Datina? Pues porque nació el día de San Deodato.

¿Que por qué...? ¡Ah!, no, eso ya no; no me preguntéis el por qué de llevar ese nombre San Deodato, porque se me ha olvidado: si es que lo he sabido alguna vez.

Lo único que os puedo decir es que San Deodato era un papa muy santo, que vivió en el siglo VII.

Y ahora volvamos a Datina, de la cual nos acabamos de alejar nada menos que trece siglos.

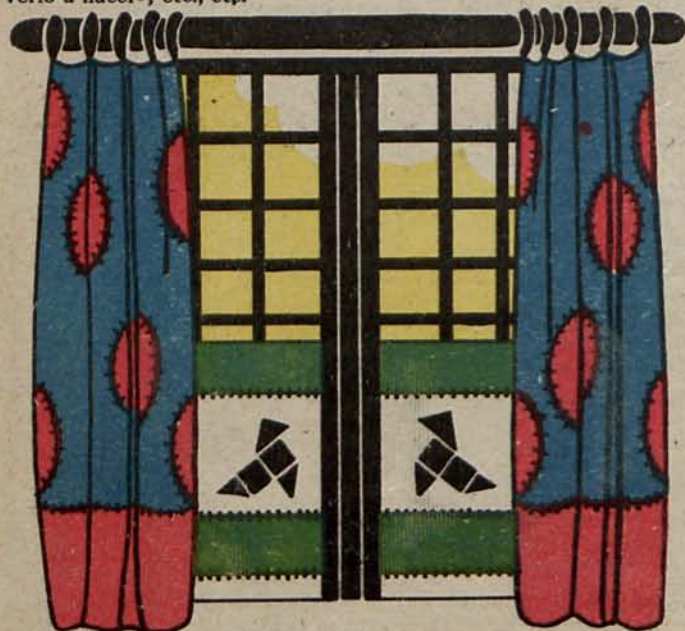
Datina, ¡ay!, no se parece a su patrón; ella, ni es papa, ni lleva camino de ser santa. Bonita, simpática, lista y buena en el fondo, si lo es; pero es también desordenada y destrozona como pocas.. afortunadamente para la tranquilidad y el bolsillo de los papás.

Ella pierde cuanto tiene, lo mismo los objetos que el dinero; estropea sus libros, rompe sus muñecas y desgarras sus trajes. Roto que se pierde, roto que se encuentran las prendas de vestir de la terrible Datina.

Su papá, desesperado por esta manera de ser, impropia de una niña, asegura que Datina ha nacido chica por equivocación.

Su mamá le ha hecho un delantal lindísimo, copiado, naturalmente, de la Sección Pirula, aquél tan mono con unos trenzados de cintas, ¿os acordáis? Ayer lo estrenó Datina, encantada y ufana, y, a la media hora, el delantalito nuevo estaba decorado con un desgarrón. Pero, ¡qué desgarrón! Un desgarrón, en fin, al que no se le puede llamar siete, porque era, cuando menos, un catorce, y, hasta si me apuran, un veintuno.

Remordimiento de Datina, afirmaciones hechas entre lágrimas y sollozos de que «no ha sido aposta»; promesas solemnes de «no volverlo a hacer», etc., etc.



Pero esta vez, mamá ha resuelto mostrarse inflexible; Datina necesita un castigo ejemplar que la acostumbre a no ser atolondrada, y a no correr como una cabrita loca, enganándose en todas partes, y a jugar como una niña modosa y bien educada, no como uno de esos pobres golfillos de la calle, que, por desgracia, no tienen quien los vigile y los eduque.

En el lindo delantal, se ha pegado un enorme remiendo, un remiendo proporcionado al desgarrón, y mañana, cuando vaya Datina a jugar y a merendar a casa de sus amiguitos Eloisina y Perico, llevará, debajo del abrigo, el delantal remendado.

Como Datina es un



poco vanidosilla y otro poco presumida, es de esperar que la lección sea provechosa.

Nosotros sacaremos, si os parece, otro partido de esta aventura: el de idear unos remiendos que sean adornos.

Claro que no para prendas de vestir, pero sí para cortinas; por ejemplo, para la ventana de vuestro cuarto.

Estas cortinas pueden hacerse de arpillera, sobre la cual se cosen unos remiendos de lienzo de color verde, azul, rojo o naranja.

Los remiendos serán redondos, como los que aparecen en el grabado adjunto, o cuadrados, o triangulares, en forma de cono, a voluntad.

Se pegan con un pespunte a máquina y se disimula el pespunte con una especie de cordoncillo a de bramante negro, o de color, un color diferente al de los remiendos, pero que entone con él o forme contraste, que circunda los remiendos, y se sujeta con unas puntadas.

Las cortinas se rematan con una alta franja que haga juego con los remiendos.

A lo mejor, cuando Datina vea esta página y se dé cuenta del partido decorativo que se puede sacar de unos remiendos, se consuela del de su delantal... y se apresura a hacer otro desgarrón en su vestido.

PIRULA, DECORADORA

El frasco-muñeca. — Le vamos a dar ciento y raya a ese señor que se exhibe en los circos con el título de prestidigitador y que en un santiamén, a la vista del público, convierte un pájaro en una tortilla de patatas o una pelota de goma en un juego de naipes.

Nosotros, aunque sea tardando un poquito más, vamos a transformar un frasco de esencia en una muñeca.

Basta para ello con pintar en el tapón, con pintura especial para cristal, los ojos, la rayita negra de la nariz, el rojo redondel de la boca, y lo demás de amarillo.

Forraremos luego el cuello del frasco con un trozo de cinta de color, al cual irán pegados los bracitos de cartón; y, por último, colocaremos la falda, sin necesidad de coserla; lo más práctico es fruncirla con un hilo del cual se tira para anudarlo por detrás.

Y ya tenemos una nueva muñeca que nos apresuramos a bautizar con un nombre inspirado, por ejemplo, en la esencia que contenía el frasco: Rosita, Jazmina, Clavellina, Lila, Violeta, etc.

Si bien tratándose de una muñeca nacida de un frasco, yo creo que lo más lógico sería llamarla doña Frasquita o Frascuela...

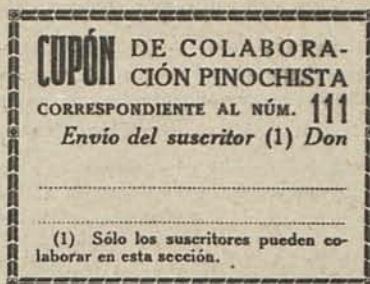
COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ABRIL

Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta Sección. Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



El gran «chut» de Pinocho.
MANUEL M. CHABOY. Once años.



—¿Qué quieres, vino o aguardiente?
—Lo mismo me da.
—No, hombre, con i.
—Bueno, pues lo mismo.

R. S.
Nueve años.



Colorín.
I. BARRAQUER.
Diez años.



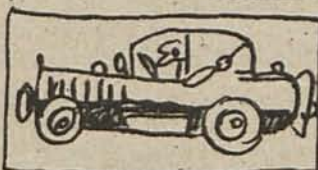
De la compra.
A. DE LEÓN.
Catorce años.



El cuarto de Pirula.
AMPARO SANZ. 7 años.



Pinocho, almirante.
PEDRO SANZ. 7 años.



Un cabriolet.
ESTEBAN MATEOS. Once años.



Un sifón.
P. NELLY. 5 años.



Colorín se asoma al balcón de su casa.
I. COLOMA. 7 años.



Casario chino.
MANUEL PITA. Once años.

Nobleza recompensada.

En cierto pueblecito pequeño había una viuda que tenía un hijo llamado Jaime, y eran pobres, muy pobres. Iban de pueblo en pueblo pidiendo limosna. Un día, en un pueblo había una epidemia, y la madre de Jaime, por desgracia, la tuvo y se murió. Y el niño, saliendo del cementerio, pensó: «¿Qué hago yo ahora?».

Pues él se fué al pueblo, y por el camino encontró una niña pobre como Jaime, que estaba llorando en un rinconcito, y que le dijo:

—¿Adónde vas?
—Al pueblo me voy.

—No, no vayas, que te harán daño, porque dicen que tú has llevado la epidemia. Pero el niño le dijo muy valiente:

—Pues yo no he llevado la epidemia, y cuando mi madre vino aquí estaba bien buena.

—Bueno, no vayas. Pero Jaime se fué; y en aquel pueblo había unos hombres muy ignorantes, que al ver al niño le dijeron:

—¡Vete de aquí, vete de aquí, que llevas la epidemia!... Y el niño les explicó que no la tenía.

Pero le echaron piedras, y una le tocó en cabeza. Y al nene le salió sangre de la frente y cayó sin sentido.

En aquel momento vino la niña que se encontró antes en el camino, y con su pañuelo le secaba la sangre y le daba besitos.

Después pasó un coche, y dentro había una señora viuda que no tenía hijos. Bajó del coche y se fué a coger al nene. Se lo llevó a su casa. Lo curó, lo educó y lo quiso como hijo.

Al cabo de muchos años, esa señora se murió. Un día, en aquel pueblo, bajó de un coche un joven muy bien vestido. Era Jaime, que se fué a casa del alcalde, llamó y le dijo:

—Ahora ya no me reconocerán; soy aquel nene a quien tiraron piedras a la cabeza. Y ahora vengo a que hagan un hospital en memoria de mi madre, para que cuando venga un pobre enfermo no le echen, como me hicieron a mí.

Y entonces el alcalde llamó a todo el pueblo y les dijo lo que decía Jaime. Y ellos se quedaron con la cabeza baja y avergonzados.

Y el alcalde les dijo:
—¡Desembriados!

En medio de toda la gente había aquella niña de que hablamos antes, que ya era mayor, y lloraba de ver que era tan bueno, y Jaime la llamó y le dijo:

—Mira, ven conmigo, ya que soy rico. Porque, sabes, aquella señora que me quería como una mamá se murió.

Y se fueron a su casa. Poco después se hacía el hospital, y una vez terminado, se celebró una gran fiesta. Todas las calles estaban llenas de flores. Las campanas de todo el pueblo tocaban.

Y Jaime se casó con aquella jovencita. Y vivieron muy felices, hartándose de perdices.

AURORITA CARRASCO.

Por mala.

Pues señor... Este era un campesino, que tenía una niña muy mala y revoltosa; un día su padre la mandó que fuera a llevar un par de pollos a los duques de la ciudad inmediata; los duques la dieron una propina muy grande para que se la diera a su padre, y entonces la niña, en vez de dársela a su padre, se la gastó en golosinas; pero como se las comió todas, se puso muy mala y estuvo a punto de morirse.

Esto le sirvió de lección, y en adelante fué muy buena. Colorín colorado, este cuento se ha terminado.

AMALIA MASÉS.



Un cabezudo.
EMILIA MARTÍNEZ ALVAREZ. 10 años.



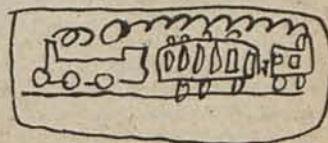
El nuevo uniforme.
A. L.



Cazando la perdiz.
RAFAEL SERRANO COCA.



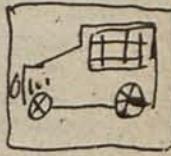
Un trasatlántico.
JORGE ROJAS. Siete años.



Mi tren eléctrico.
GODFREDO DELGADO.



Pirula.
ANITA FUENTES. 8 años.



El auto más bonito.
RAFAEL SEGURA. 4 años.

A todos los Pinochistas

NINGUNA niña, ningún muchacho, lee una vez PINOCHO sin hacerse amigo nuestro. Aumentar el número de los Pinochistas no es sólo hacer un gran favor a Pinocho y sus regocijantes camaradas: es favorecer vuestro propio interés, ¡y es darle un disgusto a Chapete!

TODOS LOS PINOCHISTAS que quieran ofrecer a amigos o conocidos suyos la posibilidad de admirar los encantos de este semanario inmortal, colosal y sin igual, pueden enviarnos en una simple hoja de papel los nombres y direcciones correspondientes acompañadas de este cupón.

CUPÓN

A PINOCHO Apartado 447 MADRID

Querido amigo: Te envío adjunta una lista de varios nombres y direcciones para que a cada uno de ellos envíes —gratis y sin compromiso alguno para mí ni para los interesados— un número de muestra de tu semanario inmortal, colosal y sin igual.

Te abraza tu amigo
(Firma.)

MI DIRECCIÓN ES:



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Hoy quiero que me digas, querido buho, por qué distinguimos los colores. Para mí es una verdadera maravilla que el ojo humano aprecie el color verde, el rojo, el amarillo, etc.

—Y lo es, en efecto. Pero, además de ser una maravilla, reporta enormísimas ventajas desde el punto de vista práctico. Esta diferenciación de los colores es importantísima por muchos conceptos. Si el ojo humano careciese de esta facultad de distinguir el colorido, sería inútil para muchos casos. En el concepto de belleza de las cosas, influye poderosamente el factor colorido. Una rosa, un campo, una estampa, no nos producirían la sensación de belleza que nos producen si no fuera por el color.

—¿Qué triste sería un jardín sin colores!

—Pues hay individuos, muy pocos, por fortuna, que padecen un defecto, llamado *ceguera cromática*, que les impide ver el color de las cosas. Todo lo ven de color gris, como se ve en las fotografías. Hay otros que no distinguen el azul, o el verde, o el rojo.

—Afortunadamente, yo veo todos los colores.

—Tú ves los siete colores que a simple vista aparecen en el espectro.

—No sé qué es eso de *espectro*.

—Pues el *espectro* es la faja de colores que se obtiene haciendo pasar un rayo de luz blanca a través de un prisma de cristal. Es lo que se llama descomponer la luz. Cuando llueve y hace sol al mismo tiempo, habrás visto el arco iris, ¿verdad?

—Muchas veces; y muy lindo que es, por cierto.

—Pues ahí tienes un ejemplo de descomposición de la luz. Los rayos del sol pasan a través de las partículas de agua que hay en la atmósfera y se descomponen, produciendo ese *espectro* que llamamos arco iris y que consta de siete colores, apreciables a simple vista.

—Esos siete colores los distingo yo perfectamente.

—Estoy conforme; pero eso no es distinguir todos los colores.

—¿Pero es que hay más de los que se distinguen a simple vista?

—Los hay en número infinito. No pueden contarse. Tú aprecias, por ejemplo, la diferencia que hay entre un color amarillo y un verde; pero entre estos dos colores hay una gama gradual de nuevos matices imposibles de distinguir entre sí. Te citaré un ejemplo. ¿Tú podrías decirme cuál es la menor cantidad de agua que se puede sacar de un vaso que esté lleno de este líquido?

—Yo creo que la que puede sostener la puntita de un alfiler.

—Esa partícula de agua es, en efecto, muy pequeña; pero si la miras con un buen microscopio te parecerá un océano capaz de poderse descomponer en millones de partículas.

—¿Y qué quieres decirme con eso?

—Pues que si ese vaso está lleno de un líquido de color amarillo y le añades unas gotas de otro líquido de color azul, ¿qué pasará?

—Que el amarillo se convertirá en verde.

—Exacto. Pero si, en vez de agregar unas gotas de azul, agregas las partículas de azul que caben en la punta de un alfiler, ¿notarás el cambio del amarillo a verde?

—Me parece que no.

—Pues menos lo notarás si lo que se agrega es una de las

muchísimas partes en que puede descomponerse la partícula sostenida en la punta del alfiler. Es decir, que entre el amarillo y el verde hay una perfecta diferencia y los apreciamos como dos colores distintos; pero, para pasar de un color al otro, hay millones de nuevos colores, que son los que el ojo humano no alcanza a percibir.

—Entonces, ¿por qué dicen que los colores son siete?

—Porque siete son los que se distinguen a simple vista; pero, en realidad, está mal dicho.

—Conformes. Quiero ahora que me contestes a la primera pregunta que te he hecho; ¿por qué distinguimos los colores?

—Por la misma razón que percibimos los sonidos. En otra de nuestras conversaciones te expliqué por qué oían nuestros oídos.

—Recuerdo que me dijiste que, al mover una cosa, se producían en el éter unas vibraciones, que eran las llamadas ondas sonoras, y que éstas, al chocar con nuestros oídos, producían el ruido o el sonido.

—Pues lo mismo que el sonido, la luz es una vibración del éter. El ojo humano percibe estas ondas en forma de luz de diversos colores. Cuanto más pequeña es la vibración del éter, más se acerca la luz a la oscuridad. Entre lo oscuro y lo iluminado hay un color, que es el rojo. Este color corresponde al menor número de vibraciones de luz. En cambio, cuando esta vibración alcanza su mayor intensidad, se percibe el color violeta. Entre estos dos colores existe la infinidad de anaranjados, amarillos, verdes, azules, etcétera, etc., y que corresponden a la gradual intensidad de las vibraciones.

—¿Y cómo se producirá la sensación de la luz y del color en nuestros ojos?

—Hay en la retina del ojo humano unos corpúsculos microscópicos llamados *bastones* o *palos*, que son los que impresionan la luz, y otros llamados *conos*, que son los que perciben los colores. En aquellos ojos donde no hay más que bastoncitos o palos, se recibirá la impresión de la luz, pero no la de los colores. Tanto una impresión como otra se transmiten, por medio del nervio óptico, al cerebro, que es, en realidad, el órgano que da valor real a todas las impresiones.

—¿Qué hermoso es el sentido de la vista! ¿Verdad, buho?

—El más preciado de todos. La luz y los colores producen, gracias a ese sentido, la más agradable de todas las impresiones cerebrales.

—Me has hecho entrar en ganas de saborear a mi gusto las delicias del sentido de la vista; ¿quieres venir a pasear al campo conmigo? Te voy a llevar a un sitio que será delicioso para tus ojos.

—Vamos donde tú quieras, Chonón; pero te advierto que habrá pocos sitios que no hayan visto mis ojos.

—Te voy a llevar a la cima de una sierra muy alta.

—Y desde allí yo remontaré el vuelo, y mi vista abarcará mucho más terreno que la tuya.

—Entonces no voy, porque me vas a dar envidia.

—Bueno, vamos y no me separaré de tu lado.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Pues vamos allá.

DE LA COLECCIÓN

CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES

TERCERA SERIE



Precio 2 pesetas.

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Apartado 447, Madrid, remite a toda España y América, sin aumento de precio, ésta y todas sus publicaciones a quien las pida, enviando su importe.

LAS OBLIGACIONES DEL BUEN PINOCHISTA

(No se incluyen en ellas las que corresponden no sólo a los buenos Pinochistas, sino a todos los hombres buenos.)

1.ª Leer **PINOCHO** cada semana (si todas nuestras obligaciones fueran tan divertidas..., ¿verdad?)

2.ª A ser posible, suscribirse a la revista del héroe de madera.

3.ª Procurar que **Pinocho** y su revista sean conocidos, protegidos y reverenciados en todas partes.

4.ª Usar en su correspondencia epistolar el **Papel de cartas Pinochista**, que es estupendo.

5.ª Si le toca un premio en los sorteos de regalos y en los concursos de **PINOCHO**, decírselo a todos sus amigos para que vean qué premios regala y sortea entre sus suscritores este semanario inmortal, colosal y sin igual.

VALE por una rebaja del 25 por ciento a favor de mi amigo y suscriptor Don

Pinocho

Todo suscriptor a **PINOCHO** que compre libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea una peseta de cada cuatro que importe su pedido.

(1) Escríbase aquí el nombre del suscriptor. No siendo suscriptor, no se puede usar este vale.



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas), por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que no recibáis la revista con retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en una carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Martín y Paulino Lillo.—Yo no encuentro palabras con que elogiar como merece el mérito de vuestros lindísimos dibujos. Son dos obras de arte acabadísimas. En vuestro debut habéis quedado a la altura de los grandes Pinochistas. Yo, Pinocho, me siento orgulloso de contar con amigos tan inteligentes y tan artistas como vosotros. Morronguis, cuando ha visto mi retrato con la escoba al hombro, ha salido como alma que lleva el diablo. ¡El pobre ha llevado tantos escobazos en esta vida! Espero que me enviaréis muchos trabajos para admiración de todos los Pinochistas. Abrazos muy efusivos de Cañamón, Currinche, Colorín, Tin, Ton, etc., etc.

Julio Zahonero.—Me han gustado un horror tus magníficos dibujos. Tén por seguro que tan pronto les llegue el turno, aparecerán en las columnas de mi Revista. Abrazos.

Antonio Díez.—Ese elefante indio que me has enviado es portentoso. En el castillete que soporta sobre sus amplias espaldas viajaría muy a gusto el más encopetado príncipe de los cuentos de *Las mil y una noches*. Muy bien sentido y formidablemente dibujado. Eres todo un gran artista, simpático Antonio. Ya puedes suponer cuánto deseo que pronto puedan admirarlo en las columnas de mi Revista todos mis queridos Pinochistas. Muchos y muy fuertes abrazos de Currinche, Colorín, Cañamón, Potipán, etc., etc.

Carmencita Plaza.—No sabes la honda emoción que le han causado a Anita tus preciosos versos. Los ha leído muchas veces y han ido a la imprenta a escape para publicarlos en mi Revista en cuanto les toque salir. Pelucho, el simpático perro de Anita, que, como tú sabes, es todo nobleza, te agradece muchísimo el verso que le dedicas. Muy apretados abrazos de todos.

Andresito Ruiz de la Rosa.—Son estupendísimos los dibujos que me envías. No tienen pero que ponerles, y, sin embargo, no puedo publicártelos. Los has hecho a lápiz y, por lo tanto, he de conformarme con admirarlos y elogiarlos como merecen. Para publicarlos en mi Revista es preciso, indispensable, que estén dibujados con tinta. Ya comprenderás que no es un capricho esta exigencia. Con lápiz no pueden reproducirse. ¡Cuánto lo siento! Tuyo incondicional.

Emilio Ramos.—Recibidas todas las soluciones de pasatiempos que me has enviado. ¿Que si están bien? ¿Que si están mal? No sé de esto ni una palabra, simpático Emilio. A mí no me dejan intervenir en este asunto porque mi cariño por todos mis queridísimos Pinochistas es tan grande, que si me dejasen solo para hacer el fallo de los concursos, concedería tantos primeros premios como concursantes hubiera. ¡Y los hay a millares! Por eso se ha designado un Jurado en el que intervienen señores de una rectitud tan probada como el Capitán Corretón, Don Turulato, Don Paco Morronguis, etc., etc. Abrazos cordialísimos de todos.

Manuel Graña.—Es ciertísimo que tus tres magnos dibujos han venido acompañados de sus correspondientes cupones. No dudo tampoco de que sea ciertísimo que compras mi Revista todos los domingos. Y es también cosa que salta a la vista que tus dibujos son preciosos. Pero la verdad más dolorosa

de todas es que hasta ahora no figuras en las listas de los suscritores a mi Revista, y por esta razón, sólo por ésta, mi querido Manolito, no pueden publicarse en la Colaboración Infantil. Es acuerdo firme del Consejo Pinochista reservar a los suscritores esta Sección y reservarse también tomar parte en los Concursos de Pasatiempos, y en los Sorteos de regalos, y en otra infinidad de enormes ventajas. De todos modos, admiro tus dibujos y te felicito por lo magníficamente que los has resuelto. Muchos abrazos.

Hilario Peñaiba.—Tu cuento es lindo. Saldrá en cuanto le corresponda por su turno. Adelante, simpático Pinochista. Tuyo incondicional.

José Cañavate.—Me has dejado patidifuso con tu cuento. Yo creo que ese cuento que me envías es un trozo de un precioso cuento de la segunda serie publicado por la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., y titulado *Pelusilla*. Yo me abstengo de darlo a la imprenta porque no cabe duda que has debido sufrir una confusión. Espero tu cuento, pero tu cuento de verdad; un cuento inédito y que no deje lugar a dudas en todos los que lo lean. Ten en cuenta que *Pelusilla* ha sido leído y releído por millares de Pinochistas. Muchos y cariñosos abrazos.

Araceli Casajús.—No veo forma de conseguir lo que tú deseas. De ser posible, ya hace tiempo, mucho tiempo, que yo lo hubiese realizado, porque mi deseo es precisamente el mismo tuyo. Ni los Pasatiempos, ni los cupones, pueden publicarse fuera de la Revista; esto tú misma lo comprenderás, y, por tanto, ocupen la página que ocupen, hay necesidad de estropear esta página para cortarlos. Yo soy el primero en lamentarlo y he discurrido mucho, mucho, para ver si podía solucionarse de otro modo, pero no veo la manera de conseguirlo. Tuyo incondicional.

J. Antonio Galán Gavilá.—Anita Buen Corazón ha experimentado una satisfacción inmensa al ver la linda alcobita que tú le envías. No sabe qué elogiar más de todo cuanto encuentra en ella. Confort, elegancia, buen gusto, sencillez, comodidad, etc., etc. Es un precioso modelo de alcobita. Excuso decirte que irá a las columnas de mi Revista en cuanto le toque salir. Abrazos apretadísimos y las más rendidas gracias de parte de Anita.

Gilbert Laporte.—Es tan maravillosa la flor que has dibujado, que yo creo que hasta despiden perfume. Muy bien, simpático Pinochista. La verás en mi Revista. Te envío abrazos.

Luis Tapia.—Con lápiz, no; con tinta, sí. Espero tus trabajos con impaciencia. Tuyo,

Pinocho

VIDA PINOCHISTA

PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



Luis Perna.



Pedro Sangro.



Margarita Madrazo.



Angelito Lafuente.



Carlos Zamora.

LOS REGALOS DE ABRIL

Sorteados los regalos de PINOCHO del mes de Abril, han correspondido a los siguientes suscritores:

- Primer premio. . . 25 pesetas en dinero, a D. Ramón Santisteban.—Madrid.
Segundo premio. . 15 pesetas en libros, a D. Leoncio Benito Ramos. Cartagena.
Tercer premio. . . 10 pesetas en libros, a la Srta. Luisita Alcázar.—Sevilla.
Cuarto premio. . . 6 pesetas en libros, a la Srta. Guadalupe Amorós.—Valencia.
Quinto premio. . . 4 pesetas en libros, a D. Mario López García.—Zaragoza.

En estos sorteos entran todos los suscritores por un año, un semestre o un trimestre. Los números premiados corresponden a los de sus recibos de suscripción.

Para retirar los premios será necesario escribir a PINOCHO (Apartado 447.—Madrid), dentro de los tres meses siguientes a la publicación de este número, indicando el número del recibo de suscripción, la dirección completa del PINOCHISTA premiado e incluir un retrato del mismo, que se publicará en uno de los números subsiguientes de PINOCHO. El retrato debe ser suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista premiado esté con otras personas.

TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES

Más de 2.000 pesetas de premios.

Entrarán en este sorteo todos los Pinochistas que estén suscritos a PINOCHO el día 30 de abril de 1927, cualquiera que sea la fecha de su suscripción.

PRIMER PREMIO

Una magnífica bicicleta.

SEGUNDO PREMIO

Una estupenda caja de soldados.

TERCER PREMIO

Veinte duros en dinero.

CUARTO PREMIO

Una muñeca.

QUINTO PREMIO

Una carretilla con su cubo y otros utensilios.

SEXTO PREMIO

Un balón de fútbol.

SÉPTIMO PREMIO

Una pluma estilográfica.

OCTAVO, NOVENO Y DÉCIMO PREMIOS

Un año de suscripción a PINOCHO, gratis.

11.°, 12.°, 13.°, 14.°, 15.°, 16.°, 17.°, 18.°, 19.°, 20.°, 21.°, 22.°, 23.°, 24.°,
25.°, 26.°, 27.°, 28.°, 29.°, 30.°, 31.°, 32.°, 33.°, 34.°, 35.°, 36.°, 37.°, 38.°,
39.°, 40.°, 41.°, 42.°, 43.°, 44.°, 45.°, 46.°, 47.°, 48.°, 49.°, 50.°

PREMIOS

Un lote de libros.

PARA este sorteo no hay más billetes que los recibos de suscripción. Cuando sepamos cuáles son los números premiados, veremos cuáles son los recibos de suscripción que tienen esos números y publicaremos los nombres de los suscritores favorecidos, como hemos hecho en los sorteos anteriores.

Si eres suscriptor ya estás incluido, sólo por serlo en el TERCER SORTEO.

Si no eres suscriptor, suscríbete antes del 30 de abril de 1927 para entrar en el TERCER SORTEO.

Si eres buen amigo de Pinocho envíale hoy este Boletín de Suscripción

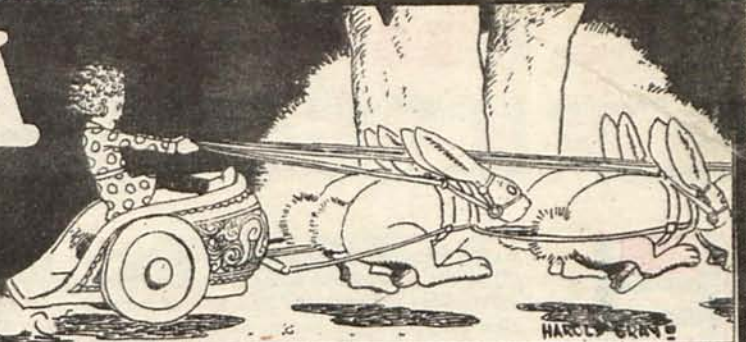


D., que vive en
(Población.)
(Calle.) (Provincia o Estado.) se suscribe desde el próximo número a PINOCHO por (1) { UN AÑO
UN SEMESTRE } cuyo importe de { 20 pts.
UN TRIMESTRE } 10 pts.
5 pts.
remite a la Administración de PINOCHO en (2).
(C. de Valencia, 28. Madrid.)
En a de de 192...
(Población.)
FIRMA:

(1) Bórrase lo que no convenga.
(2) En lo que sea. Puede ser Giro postal, valores declarados, cheque, sellos (en tiras, no sueltos), etc. Muchas repúblicas americanas tienen establecido el Giro postal con España.

ANITA

BUEN-CORAZON



HAROLD GRYTE



¡SÍ; PELUCHO, QUIERO COMER CONEJO. A VER SI COGES UNO Y LO LLEVAMOS A CASA PARA QUE LO GUISEN.



¡AHÍ VA! ¡AHÍ VA! ¡CÓGELE!



¡ÉCHALE HACIA ESTE LADO, QUE YO LE ACORRALARE!



¡PAF!



¡CARAY! ¡QUE ME VAIS A ATROPELLAR!



¡ANDA PELUCHO, QUE YA ESTUYO!



¡NO LE DEJES ESCAPAR, QUE AHORA VOY YO!



¡DÉJAMELO YA! ¡CARAMBA, QUE GRANDE Y QUE GORDO!



¡POBRECITO! ¡Y NO ESTÁ HERIDO! ¡TIENE FRÍO! ¡SOLO TIENE EL SUSTO!



¡Y TAN MONO! ¡YO NO ME LO COMO! ¡SIENTO SU CORAZÓN QUE LATE MUY DEPRISA!



¡TE VOY A SOLTAR! ¡TAL VEZ TENDRÁ FAMILIA! ¡POBRECILLO!



¡YA SE QUE ESTAS ENFADADO PELUCHO! PERO ASI SON LAS COSAS, LO BONITO ES RENUNCIAR A NUESTROS CAPRICHIOS CUANDO ESTOS LLEVAN EN SI EL SACRIFICIO AJENO.

Reg. U. S. Pat. Off., Copyright, 1936, by The Chicago Tribune.



UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPOENEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)

Así EMPIEZA PINOCHO INVENTOR

(De la estupendísima SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astuto rival de trapo.)

I



ACÍ mucho tiempo que no se sabía nada de Pinocho. ¿Qué hacía el genial muñeco? ¿Dónde estaba el infatigable aventurero? ¿Se habría retirado a la vida tranquila del hogar, abandonando sus gloriosas empresas? No, nada de esto; Pinocho no podía renunciar a su vida de aventuras; Pinocho no podía permanecer inactivo; Pinocho estaba, sencillamente, estudiando un invento. ¡Y qué invento! Largas horas permanecía sobre su mesa de trabajo haciendo cálculos y revolviendo libros. Interminables noches pasaba en su laboratorio, inclinado sobre sus retortas y sus alambiques, hasta que un día, ¡al fin!..., consiguió el invento más extraordinario que han visto los siglos.

Ya veo que estáis impacientes por saber en qué consistía este invento. Y yo, como no quiero haceros sufrir, os lo voy a decir en seguida.

Pues este invento consistía en... La verdad es que parece mentira que una cosa tan enorme, tan extraordinaria, se pueda decir con tanta sencillez.

Pues, como os decía, el invento de Pinocho consistía en poder transformar las personas y las cosas en juguetes. ¡Fijaos bien!

Y no vayáis a suponer que Pinocho creyera que en el mundo sobran personas y faltan juguetes, no. Pinocho había perseguido la realización de este prodigioso invento con fines más altos y más nobles, como verá el que lea esta historia.

Como queda dicho, un buen día, Pinocho, después de profundos trabajos, dió fin a su invento. Y lo primero que hizo, naturalmente, fué ensayar los resultados.

Para ello escogió un gato que se pasaba la vida en el tejado, maullando y no dejando dormir a nadie. Y una noche, después de las doce, nuestro inventor, armado de una jeringuilla cargada con el líquido misterioso de su invención, se subió al tejado y empezó a maullar con una subeión absoluta: ¡Miau!... ¡Remiau miau!... ¡Fuuuu!

No habían pasado cinco minutos cuando se oyó otro maullido que se acercaba. Era que el gato, engañado con la perfección del maullido de Pinocho, creía que éste era otro gato vecino con el que solía jugar por las noches.

Pinocho estaba agazapado detrás de una chimenea. Al poco rato el gato estaba a su lado, y entonces... ¡zas! nuestro inventor le soltó un jeringazo en el nacimiento del rabo.

A Pinocho le latía la tabla del pecho con la emoción natural en todo inventor que hace su primer ensayo.

Pero Pinocho no podía fracasar. En el mismo instante que recibió el jeringazo, el gato empezó a reducirse, a reducirse hasta quedarse del tamaño de un puño cerrado; sus ojos se convirtieron en dos botones de cristal, y su piel se transformó en peluche. Quedando así cambiado en el gatito de trapo más mono que os podéis imaginar.

Pinocho quedó completamente satisfecho del resultado de su invento, y le regaló el gatito a su patrona, la cual hizo con él un precioso acerico.

II



ESTAMOS en los jardines del Palacio Real del reino Florido. Por ellos pasean el Rey, la Princesa, el Bufón, dos damas de servicio y el galgo favorito.

La Princesa tiene quince años, es linda como un capullo y se llama Rosa-Luz. Su padre, el Rey, es lo que se dice un buen Rey: bondadoso, amante de su pueblo y generoso con todo el mundo. Se llama Florián y es el quinto de su dinastía.

Malas noticias han llegado a palacio. Su Majestad Florián V está preocupado, y la Princesita Rosa Luz no se ríe, según su costumbre. Es inútil que el Bufón Jorobeta dé saltos y agite sus cascabeles. Es inútil que Ligero, el galgo favorito, se acerque juguetón y mimoso a su amita...

Malas noticias han llegado a palacio. El Rey de las Islas Verdes ha pedido la mano de la Princesa Rosa-Luz, amenazando, en caso de ser rechazado, con una guerra terrible. Y el Rey de las Islas Verdes es tan poderoso como malo.

El pobre Rey Florián se encuentra en una situación apuradísima. Adora a su hija y no quiere sacrificarla al Rey tirano y cruel, y, por otra parte, sabe que, de no acceder a la petición del déspota, éste invadirá su país con un poderoso ejército al que él no podrá oponer resistencia. ¿Qué hacer?

Por esta causa Su Majestad Florián V está preocupado, y su hija, la Princesita Rosa-Luz, no se ríe, según su costumbre.

Los Embajadores de las Islas Verdes esperan la contestación. El plazo concedido a Florián V expira dentro de dos días. Aquella mañana han bajado al jardín el padre y la hija para determinar lo que han de hacer.



—Padre y señor —dice la tierna Rosa-Luz—, no te preocupes más. Puesto que es necesario, me sacrificaré y seré la esposa de ese tirano.

Pero al decir esto, los ojos de la Princesa se llenan de lágrimas, y un triste suspiro se escapa de su pecho.

—No, hija mía, no. Yo no puedo consentir que tú seas desgraciada; prefiero acabar con mi pueblo y mi reinado. ¡Y pensar que no hay nadie que pueda salvarnos!

Y continúan andando en silencio y con las cabezas inclinadas. A distancia, y respetuosamente, les siguen las damas de honor, el Bufón y el galgo favorito.

De pronto, Rosa-Luz se lleva a la frente su diminuta y blanca mano

—¡Ah, padre mío! —exclama—. ¡Qué idea se me acaba de ocurrir!

—¿Qué dices, hija mía?

—Señor, sólo un ser excepcional puede salvarnos, ¿no es esto?

—¡Ay, sí! Pero ese ser excepcional, ¿existe?

—Existe, padre y señor.

—¿Quién es?

—Un ser que en los más terribles peligros ha salido siempre vencedor; un ser que une la inteligencia y el ingenio a un valor sin límites; en una palabra: Pinocho.

—¡Pinocho!

—Pinocho, el famoso muñeco de madera cuyas aventuras son conocidas del mundo entero.

—¿Y tú crees que Pinocho podría?...

—Pinocho lo puede todo.

—Pero, ¿cómo avisarle, hija mía?

—Mandemos emisarios a todas partes, demos mientras tanto largas al tirano de las Islas Verdes pidiéndole un mes de plazo para decidirse. De aquí a entonces Pinocho tendrá tiempo de venir en nuestro auxilio, y si él no nos salva, es que no tenemos salvación.

—Está bien, hija mía; intentemos todos los medios.

Al día siguiente, los embajadores de las Islas Verdes se volvían a su país llevando una carta de Florián V, en la que éste solicitaba el plazo de un mes para decidirse, alegando que la Princesa Rosa-Luz estaba terminando el quinto año de solfeo y no tenía tiempo de ocuparse de otra cosa que no fueran sus estudios.

Al mismo tiempo partieron emisarios para las cinco partes del mundo con la misión secreta de buscar a Pinocho y entregarle una carta que decía así:

«Señor Pinocho.

»Mi querido y admirado señor Pinocho: Tan pronto como reciba usted esta carta, póngase en camino y venga, sin perder un minuto, a este su Palacio Real del reino Florido.

»Se lo pido yo, que soy la Princesa Rosa-Luz y me encuentro en un apuro terrible. He leído todas sus maravillosas aventuras, y sólo tengo confianza en usted.

»Hasta la vista, se despide su afectísima y segura servidora la Princesa Rosa-Luz.

»P/s.—Como sé que le gustan los bombones, he encargado unos, riquísimos, que estarán preparados para su llegada.—Vale.»

III



PINOCHO estaba preparándose precisamente a utilizar su nuevo invento, cuando se presentó en su casa un emisario de los que habían salido del reino Florido y le entregó la carta de la Princesa.

Ya conocemos a Pinocho. Ya sabemos que cuando alguien solicitaba su ayuda podía contar con él. Sin perder un momento cogió su maletín de viaje; metió en él tres mudas y su maravillosa jeringuilla, y, sin despedirse de nadie, tomó el tren.

Pero antes puso un telegrama a la Princesa en estos términos:

«Llego exprés nueve mañana. Supriman manifestaciones. Viajo incógnito para mejor resultado empresa.—Pinocho.»

Al día siguiente llegaba nuestro muñeco al Palacio Real del reino Florido. Un ujier de guardia avisó a Su Majestad la llegada del viajero.

—Señor, el caballero Pinocho pide audiencia.

—Que pase el caballero Pinocho —dijo el Rey, todo emocionado.

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura y no la encuentras en tu librería, escribe a la EDITORIAL «SA-TURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe PINOCHO INVENTOR y remitiendo su importe 1,50 pesetas, y lo recibirás inmediatamente aunque vivas en América.